

nedict, K. Marx y E. Fromm; aunque algunas de sus exposiciones son muy claras, el autor fue quizá demasiado ambicioso al querer presentar en forma sintética teorías tan complejas como la de G. H. Mead respecto al Rol, el Yo y el Mí.

En la tercera parte del libro, "Psicología social aplicada", se encuentra la postura filosófica y política del autor, quien sostiene un marxismo humanista, opuesto al comunismo soviético, que es muy semejante al que encontramos en la obra de E. Fromm; su pensamiento político parece en cambio poco realista, ya que llega hasta la ingenuidad de creer que la Gran Bretaña es querida y admirada por todos los demás países por no mostrar tendencias expansionistas y por su política de no intervención.

Resultan muy interesantes, por la sencillez en que están expuestas, las modernas aplicaciones de la psicología social en el campo de la industria, la psiquiatría y la criminología, amenizadas con ejemplos muy bien seleccionados que ilustran la aplicación práctica de lo que en teoría fue expuesto en las dos primeras partes del libro.

A pesar de los defectos de traducción es muy de recomendarse su lectura a quienes no han tenido oportunidad de leerlo en su versión inglesa.

J. F. VALDÉS S.

Rheingold, Joseph C., *The Fear of Being a Woman. A Theory of Maternal Destructiveness*. Grune and Stratton, Nueva York, 1964.

El autor es investigador asociado en psiquiatría de la Harvard Medical School; diplomado del American Board of Psiquiatría y Neurología; miembro de la American Psychiatric Association; consultante Psiquiátrico del departamento de Ginecología y Obstetricia del Boston City Hospital y ha escrito este libro im-

presionante por su tamaño y el aborde minucioso del tema, puesto que la lectura del índice parece señalar que no se le escapó ningún aspecto de la vida de una mujer.

La primera parte del libro está dedicada a la madre. En ella, el autor va presentando un extenso material clínico personal y bibliográfico, testimonio terrible de destructividad materna. A ratos se hace difícil leer tanto sadismo. Historia tras historia muestra la crueldad materna en todos sus matices.

La segunda parte, que se refiere a la hija, presenta el desarrollo psicosexual de la mujer e intenta interpretar los diversos trastornos sexuales de la mujer con su teoría, que definiré con las propias palabras del autor (pp. 131-32): "Para plantear una breve definición de la teoría, diría que la madre, independientemente del grado en que tienda a nutrir a su hijo, ejerce una influencia inímica sobre él (o ella); este efecto está relacionado con sus impulsos filicidas y mutilantes, aunque un determinado grado de lesión puede ser incidental o inevitable." "El conflicto entre las tendencias nutricias y las destructivas puede ser percibido por ella o negadas totalmente. El infante es más vulnerable a la influencia nociva dada su percepción de los estados de ánimo de la madre. . . Experimenta (el niño) angustia básica y adquiere una ambivalencia básica hacia la vida. . . En la mujer la amenaza es integrada dentro del miedo a ser mujer que por diversos caminos directos o indirectos llega a ser el origen de la destructividad materna." En la p. 149 dice: "Debemos asumir la universalidad de una fuerza materna destructiva."

Como consecuencia, el autor preconiza el aumento de las tendencias nutricias de las madres como medio para abatir las tendencias destructivas (p. 689), aunque señalando al mismo tiempo (página 692) que la influencia mejorada

sobre el niño o adulto lastimado debe partir de otra persona que no sea la madre, "de otra persona que nunca lo ha lastimado".

El autor ha sido fuertemente influido por la teorías de Karen Horney, sólo que de una premisa general verdadera él ha llegado a una generalización falsa; la premisa a que me refiero es una cita de Karen Horney en la p. 176 de la obra que discutimos y se refiere a la angustia básica experimentada al sentir, el individuo, que el mundo le es hostil y de allí concluye que para todos los individuos el mundo es hostil y de allí pasa a decir que todas las madres son hostiles, aunque al hacer un resumen de su teoría (páginas 690 s), es menos generalizada su afirmación. También se apoya el autor en la idea que Karen Horney tenía de que el conflicto básico del ser humano es depender de quien se teme y se odia, de allí deduce el autor (p.696), que es necesario emancipar a las hijas de sus madres, eliminando así el miedo de la hija a su madre y favoreciendo el desarrollo de la femineidad con caracteres de nutricia en vez de destructiva.

No dudo que habrá quienes aprueben las conclusiones del autor, ya que son aplicables a casos individuales; pero a mi juicio su teoría es muy discutible, como factor psicodinámico universal.

Para terminar, quiero señalar que la bibliografía del autor, acerca de evidencias clínicas de destructividad y agresividad materna, es de las mayores que conozco.

J. SILVA

Choisy, Maryse, *Psychoanalysis of the Prostitute*. Philosophical Library, Nueva York, 1964.

La obra *Psicoanálisis de la prostituta* de la psicoanalista francesa Maryse Choisy es atractiva en las primeras páginas al afirmar la autora que su postura no sigue

las líneas de la ortodoxia; es también atractiva la postura de la Dra. Choisy, quien, para conocer de cerca las actitudes de prostitutas y parroquianos, se contrata como recamarera en un burdel. Comenta la autora: "Ahora podría decir a mis hermanas lo que hacían ahí sus maridos."

Sin embargo, en los casos clínicos revisados por la autora, 2 prostitutas (Carmen y Louise) y dos *gigolos* (Paolo y Pierre), su interpretación de la dinámica es superficial, considera la frigidez de la prostituta y la impotencia del hombre como el resultado de la odiadora femenina y el odiador masculino, la primera como expresión de odio al padre revertido a la hija, la prostituta, y como una expresión de castigo indirecto al padre. En el caso del *gigolo* encajona a los parientes en el marco de la homosexualidad latente.

En nuestra opinión no valora profundamente la dinámica familiar, ni hace mención de los conceptos de hombría ni femineidad tan importantes en toda relación heterosexual. Aun cuando la autora hace intentos por abandonar la postura ortodoxa sentimos fallido su propósito, siendo que la autora muestra en ocasiones inteligencia y valentía suficientes para lograrlo.

La idea de "aumento de la distancia" en la relación prostituta-cliente, prostituta-*gigolo*, no la desarrolla suficientemente, y es en nuestra opinión un punto importante en la comprensión del problema planteado en la obra.

La revisión histórica acerca de las raíces de la prostitución y de la guerra de sexos, erudita e interesante, nos deja insatisfechos al no valorar adecuadamente la guerra más antigua, la guerra de los sexos, a la que ella llama guerra por el pene. Apoya su dicho en autores como Von Natzmer, Nelli, Oupensky, dejando entrever su interés por Marx; sin embargo, no toma en cuenta la esen-



cia del pensamiento marxista, las fuerzas que mueven a la sociedad, producción y consumo.

Creemos en suma que el libro apunta aspectos importantes de problemas existenciales, pero que no penetra en la esencia y raíz de los mismos, dejando en el lector una sensación de desconocimiento e insatisfacción de un tema por demás interesante.

JORGE SILVA

Rinder, Irwin D., "New Directions and an Old Problem: The Definition of Normality", *Psychiatry*, 27, núm. 2, p. 107, 1964.

En este artículo se llama la atención del lector sobre las dificultades de establecer clasificaciones psiquiátricas adecuadas, en ausencia de una definición clara de enfermedad o de salud mental, y se examina la evolución de estos conceptos en la literatura psiquiátrica contemporánea.

Definiciones basadas en el relativismo cultural (estadísticas) tienen la ventaja de una cuantificación de los fenómenos, pero la gran desventaja de no tomar en cuenta la posible patología en una cultura determinada. Cada cultura escoge, de hecho, un tipo de conducta como el más deseable. Lo que se sale de la norma estadística, se considera anormal.

El relativismo cultural tiene sin embargo el gran mérito de haber llamado la atención del psiquiatra sobre el hecho de que para evaluar una conducta se tiene siempre que tomar en cuenta el marco cultural en que se ha presentado.

Más satisfactoria, porque no corre el riesgo de caer en un relativismo absoluto, es la definición de anormalidad de Wegrocki: "la tendencia a escoger una forma de reacción que representa una huida de una situación provocadora de conflicto en vez de enfrentarse al problema". Según esto, lo que es anormal

es la elección inconsciente de una solución inadecuada frente a un conflicto.

Onigman, basándose en Masserman, postula un criterio de anormalidad basado sobre la formación de síntomas, independientes de la cultura y universalmente válidos e independientes también del porcentaje estadístico en la población que la presente.

En el caso de que la anormalidad se manifieste en un número estadísticamente grande, se considera que la sociedad o la cultura están enfermas.

Otra tendencia ha sido la de dar una definición positiva de salud mental y no considerar a ésta sólo como la ausencia de enfermedad.

Los principales representantes de esta tendencia son Freud, Yahoda y Fromm.

La segunda, apunta estos criterios para la definición de salud mental:

- 1) Actitud del individuo hacia sí mismo;
- 2) Su forma y grado de autorrealización;
- 3) Su capacidad de autointegración;
- 4) El grado de independencia de las influencias ambientales;
- 5) La profundidad y objetividad de su percepción de la realidad;
- 6) El grado de su dominio sobre el ambiente.

O dicho más brevemente: la conducta sana es la determinada por el control consciente del Yo.

Este concepto tiene la desventaja que, abogando por un concepto de salud mental abstracto y universal, tiende a:

- 1) Dicotomizar la inseparable unidad individuo-sociedad;
- 2) Hasta ahora no han sido identificadas normas de conductas "clínicas" independientes de una escala de valores;
- 3) No es posible que se descubran normas universales de conducta, mientras se consideran como equivalentes a sistemas socio-culturales distintos.

Los esfuerzos para aplicar un concep-

to positivo de salud mental deben ser acompañados por una verdadera comprensión del sistema cultural variable, pero omnipresente, en el que se desarrolla la conducta.

Ignorar los distintos requerimientos de diversas realidades socioculturales nos podría dar un modelo de hombre.

CAROLINA B. DE ARUFFO

Lifton, Robert Jay, "On Death and Symbolism: The Hiroshima Disaster", *Psychiatry*, 27, núm. 3, páginas 191-211, agosto 1964.

El artículo consta de dos partes: primero, observaciones sobre la experiencia de la muerte entre los sobrevivientes del ataque atómico a Hiroshima; segundo, una discusión del significado general de la muerte en la dinámica de la vida mental y de la manera como se le plantea al hombre en la era nuclear en su posibilidad más absurda —la destrucción nuclear mundial.

La observación fue hecha mediante entrevistas dirigidas efectuadas por el autor a un grupo de 75 sobrevivientes. Según las cifras estimativas más aproximadas, 200 000 seres humanos murieron en la explosión; pues bien, según se desprende de las observaciones del doctor Lifton, podría decirse que los 90 000 sobrevivientes (en japonés, "hibakusha", literalmente, persona afectada por la explosión) quedaron "heridos de muerte". En efecto, la vida de los *hibakusha* quedó para siempre marcada por la experiencia masiva y abrumadora de la muerte. En el periodo inmediato a la explosión se produjo una "inmersión en la muerte", en la que predominaron reacciones de desconexión psíquica, que dieron a los sujetos la sensación de estar en un mundo fantasmal, en un silencio mortal, ante el sentimiento de pérdida de identidad y del ser en el mundo se

produjo un sentimiento de aniquilación que evoca los conceptos de "miedo básico" y de "angustia cósmica o existencial". En las semanas siguientes, la muerte se presentó en los síntomas agudos de la radiación, dejando un sentimiento de contaminación invisible que persistió y se afianzó en los meses siguientes, al producirse los síntomas crónicos, degenerativos y hereditarios.

El carácter monstruoso, de proporciones infernales, de esta inmersión en la muerte, luego total y definitivamente abrumadora, impidió la operación de los mecanismos habituales de descarga de la reacción de duelo. Los *hibakusha* quedaron unidos por una identificación vitalicia con la muerte, que los ha paralizado mentalmente y ha impedido su autoafirmación existencial, en un intento de evitar sentimiento de culpa: "La identidad de los *hibakusha*, por tanto, resulta ser una identificación simbólica con la muerte, a través de la siguiente dinámica: "casi morí — debería haber muerto — morí, no estoy realmente vivo — estar vivo es una impureza, un insulto a los muertos". Y sin embargo, añade el autor, esta dinámica parecería la única posible para el mantenimiento de la vida —una vida mortecina, en reverencia a los muertos, un morir todos los días con los muertos.

En la parte especulativa, el autor subraya la importancia que, a su juicio, tiene la anticipación de la muerte en la dinámica de la vida mental. Subrayando la escasez de estudios psicoanalíticos de los símbolos de la muerte, opina que el concepto de Freud del instinto de muerte tendría mucho más importancia de la que se le ha reconocido. El estudio de esta fuerza, no ya en términos mecanicistas de instinto, sino en términos de procesos simbólicos y de imágenes innatas, sería básico en la comprensión de la vida mental si, al mismo tiempo, se aceptara, según propone el